

Cultura **LIBERTAD** *Verdad*

LA SALIDA AL AIRE DE UN CANAL DE TELEVISIÓN educativo debe reforzar esos costosos planes de expandir la cultura nacional. La escasez de maestros puede ser un motivo para aprovechar los modernos medios de comunicación como propagadores de cultura, pero no el único motivo. Hay maestros emergentes en la ciudad, pero hay maestros de academia en las lomas.

A estas alturas de la vida humana, cuando las posibilidades creadoras del hombre en la ciencia, la técnica, las artes o el pensamiento humanista, han alcanzado niveles superiores, cuando lo inventado ayer es caduco hoy, resulta imposible poder conocerlo todo y comprenderlo todo. Ese mismo desarrollo, manifestado a través de la expansión comercial y de los medios de comunicación, ha generado lo que se conoce hoy como *cultura de masas*. Es lo que permite a un joven masai, cuando recorre los caminos de alguna aldea en el sur de Kenia y observa un cartel publicitario de Pepsicola, quedar “conectado” con un joven universitario de Brooklyn, y si bebe el refresco su “conexión” será más fuerte, aunque ambos no chateen entre sí.

El mencionado Canal Educativo, cuando oferta algún documental histórico, nos permite contactar con otras realidades, conocer otras experiencias y “compartirlas” desde el intelecto y nuestro conocimiento crece y se expande. También ocurre cuando un profesor explica matemáticas, inglés, historia, o geografía. Eso es *masificar la enseñanza*, poner al alcance de una masa humana, de pueblos enteros, conocimientos básicos para el mundo de hoy.

Algo distinto es la *masificación de la cultura*. La cultura no es ciencia pura, no es matemática o física. Esos conocimientos básicos complementan el nivel cultural, pero no son la cultura. La cultura no se “enseña”, pero sí se hereda y se transmite, se cultiva, se propaga, se posibilita, se ofrece, se estimula, se alimenta, es positiva y puede, no debe, ser negativa, es expansiva y no limitada, se multiplica y se funde en otras culturas, se crea y recrea, se esconde y reaparece, se niega y se supera a sí misma: la cultura expresa la naturaleza humana, el espíritu de la persona humana. Y la cultura, como la persona humana, está llamada a la perfección y el crecimiento.

Ser culto es el único modo de ser libre, según la expresión de José Martí recogida en el artículo “Maestros ambulantes”, aparecido en la revista *La América*, de Nueva York, en mayo

de 1884. Para llegar a semejante conclusión es preciso ser un hombre de cultura, como lo fue Martí, pero no por su conocimiento de varias lenguas, por haber sido periodista y saber leer su tiempo, por haber viajado mucho o enseñado más, por haber sido poeta o hábil organizador político.

Martí fue un hombre culto, y libre, porque sobre todo buscó la verdad del hombre, que sólo se haya en el amor al hombre como ser nacido para la libertad y el progreso. Por ello, en el mismo artículo, aparecen sentencias como éstas: *“Los hombres han de vivir en el goce pacífico, natural e inevitable de la Libertad, como viven en el goce del aire y la luz (...) Está condenado a morir un pueblo en que no se desenvuelven por igual la afición a la riqueza -Martí sí creía en la necesidad de la independencia económica del individuo como condición para la felicidad general del pueblo- y el conocimiento de la dulcedumbre, necesidad y placeres de la vida (...) Sólo los necios hablan de desdichas, o los egoístas. La felicidad existe sobre la tierra; y se la conquista con el ejercicio prudente de la razón, el conocimiento de la armonía del universo, y la práctica constante de la generosidad (...) Ser bueno es el único modo de ser dichoso. Ser culto es el único modo de ser libre. Pero en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero -económicamente- para ser bueno (...) Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza. La naturaleza no tiene celos, como los hombres. No tiene odios, ni miedo como los obreros. No cierra el paso a nadie, porque no teme de nadie (...) He ahí, pues, lo que han de llevar los maestros por los campos. No sólo explicaciones agrícolas e instrumentos mecánicos; sino la ternura, que hace tanta falta y tanto bien a los hombres”*.

El Canal Educativo puede incrementar nuestros conocimientos, nuestro nivel de instrucción y comprensión de la vida moderna, pero no nos hará más cultos si confundimos la instrucción con la cultura. El sentido de la instrucción es posibilitar ciertos conocimientos que ayudan al dominio del entorno, pero el sentido de la cultura va a lo trascendente, cuestiona una y otra vez, desde las artes hasta la filosofía, pasando por la ciencia y la religión, es por ello que la cultura libera, porque busca la verdad en la libertad. Este es el verdadero sentido de la cultura, el sustrato profundo que le da consistencia. Allí estaba el

sustento de la cultura de José Martí: en buscar la verdad del hombre, con discernimiento pero sin temores.

La constitución pastoral *Gaudium et spes*, del Concilio Vaticano II, afirma que “la cultura debe atender a la perfección integral de la persona humana, al bien de la comunidad y al de toda la sociedad. Por lo cual conviene cultivar el espíritu de tal manera que se vigorice la facultad de admirar, de leer interiormente, de meditar y formarse un juicio personal... Porque la cultura, al tener su origen inmediato en la naturaleza racional y social del hombre, necesita incesantemente una justa libertad para desarrollarse y su personal autonomía, según sus propios principios” (n. 59). La libertad responsable expresa la capacidad, el deseo y la posibilidad de elegir entre dos o más posibilidades, es también, al decir de Martí, *el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía*. Como la cultura necesita de la libertad, entonces *ser libre para elegir, buscar y actuar es también un modo de ser culto*.

El Canal Educativo podría ofrecer otros aportes a la cultura del cubano de hoy. Un por ciento dedicado a la ternura mencionada por Martí no estaría mal. Los angustiosos esfuerzos de educadores o responsables del orden, para mantener disciplina en las mismas escuelas, demuestran que la instrucción no basta, ni bastará aunque se habiliten diez canales educativos para “masificar la cultura”. Nuestra cultura de hoy ha sido dañada por la violencia, por ejemplo, doméstica y social, de palabra y de hechos, y no lo debatimos, ni ofrecemos soluciones que sanen desde las causas. Debemos evidenciar con hechos la solidaridad del corazón y la creencia en el hombre, porque solidarizarse con el hombre y creer en él, es una manera de amarle. Pero en ocasiones, en nuestra “cultura”, hablar de amor al hombre o mujer cubanos que respiran nuestro aire y viven con nosotros -no el esposo o la esposa-, para algunos es reflejo de debilidad genital, o de debilidad ideológica.

El debate franco, honesto y respetuoso es también expresión de cultura, por ello me satisfizo gratamente el debate suscitado en la Universidad de La Habana entre el señor James Carter y varios cubanos, en el que cada uno dijo lo suyo de forma respetuosa y más o menos sólida, la población lo pudo ver y oír en sus casas y al otro día volvió a salir el sol. Y volvió a salir el sol cuando fue publicado en la prensa. Claro que existen otras corrientes de pensamiento social, político o económico que allí no estaban representadas. Una oportunidad de encuentro en este sentido sería un aporte muy importante a nuestra cultura, porque es reflejo de nuestra realidad y el debate serio y respetuoso es manifestación de civilización, y de cultura.

El Padre Félix Varela, de quien se habló bastante aquel día y cuyo nombre lleva la más alta condecoración por la cultura en Cuba, era un hombre que valoraba el debate, no sólo religioso, y consideraba fundamental el encuentro de las diferencias. El Padre Varela afirmaba que “la sociedad, aún

prescindiendo de las divisiones jerárquicas, tiene otras muchas producidas por la distinta profesión y contacto de los intereses de los hombres, y el gran tino político consiste en saberlas dirigir con prudencia, y sacar de ellas todo el partido posible a favor de todo el cuerpo social” (“Estado Eclesiástico en la Isla de Cuba”, El Habanero, n. 2). Ese reconocimiento de las diferencias humanas y esa búsqueda de la verdad del Padre Varela en el amor a otros hombres, le hizo grande entre nuestros grandes: *esa es la única manera de ser grande*.

Y hablando del Padre Varela podemos hablar también de religión. Nuestra cultura matriz es cristiana, pero la religiosidad, sobre todo la cristiana manifestada en Cuba, sigue siendo marginada. Por ejemplo, en la breve sección de efemérides que transmite la Televisión cada noche, nos han hablado hasta del Cardenal Richelieu, pero no del Doctor Manuel Arteaga, nuestro primer Cardenal. En los noticieros nos han informado, con imágenes incluso, de las celebraciones que el Papa presidió o dejó de presidir en Roma durante la Semana Santa, pero una procesión religiosa de auténtica devoción popular en las calles de La Habana o Camagüey, que puede ser vista en Madrid o Miami, no encuentra un espacio de 30 segundos en nuestras estaciones de televisión. No podemos ser más cultos si no reconocemos nuestra propia cultura.

El notable esfuerzo por la cultura nacional podría frustrarse si se limita a la instrucción o a definir las manifestaciones culturales que debemos tener, o ignora que la cultura auténtica, dirigida al orden moral y al bien común, es autónoma, no se masifica ni se planifica “desde arriba”, se renueva constantemente e incluye no sólo las artes y las ciencias, sino también la educación moral y humanística, la experiencia religiosa y todo cuanto conforma el desarrollo de las virtudes individuales y sociales de una nación.

De los errores históricos ha aprendido la misma Iglesia, por eso afirma la *Gaudium et spes* que “a la autoridad pública le corresponde pues, no el determinar la índole propia de las formas culturales, sino asegurar las condiciones y las ayudas para promover la vida cultural entre todos, sin excluir las minorías de una nación. Por ello se ha de evitar, sobre todo, que la cultura, desviada de su propio fin, sea obligada a servir a las hegemonías políticas o económicas” (N° 59).

A la vez que disfruto y agradezco las buenas ofertas del canal educativo, estimo necesario replantearnos una y otra vez el sentido de la cultura, que es el sentido de la persona humana. De este modo alcanza su dimensión la expresión martiana *ser culto es el único modo de ser libre*. ¿Libre para qué? Pues para buscar la Verdad eterna y trascendente, auténtica liberación que Martí tocó con su espíritu amando al ser humano. Cultura y Libertad son medios, y cobran pleno sentido cuando por ellos se intenta alcanzar la Verdad: *sólo la Verdad es el fin*.

Cultos y libres para buscar la Verdad. Después de todo, sabemos también, por Jesucristo, que sólo la Verdad nos hará libres. Ω